

CAPITULO CLVII.

Continuacion de las medidas planteadas por Carlos III.—Tratado de San Ildefonso.—Guerra con Inglaterra.
Combate del cabo de San Vicente.

PROSIGUIENDO la enumeracion de las mejoras que Carlos IV habia encontrado ya planteadas á la muerte de su padre, mejoras que le permitieron en gran manera ensanchar, por decirlo así, el horizonte administrativo de España, una de las más importantes fué la colonizacion de Sierra Morena, despoblada y desierta desde la definitiva expulsion de los moriscos, y que no servia más que de madriguera de bandidos que hacian peligrosísimo y difícil el paso por aquellos lugares.

A D. Pablo Olavide, natural de Suiza y establecido en España, se confió la direccion de las nuevas colonias, y el bávaro Juan Gaspar Thunriegl se comprometió á traer seis mil colonos alemanes y flamencos.

En ménos de un año formáronse en aquellos ántes temerosos lugares once feligresías y trece poblaciones, una de las cuales se llamó La Carolina, en honor del Monarca que las habia fundado, y el país obtuvo, como bien pronto pudo apreciarse, un gran beneficio con aquella colonizacion.

En 1771 una empresa catalana obtuvo la concesion de los primeros coches-diligencias que habian de recorrer el trayecto de Barcelona á Madrid y de Madrid á Cádiz, emprendiéndose obras de canalizacion importantísimas y abriendo carreteras que facilitarían las comunicaciones entre la corte y las principales poblaciones de España.

San Carlos de la Rápita tambien es fundacion de aquella época, y las monumentales puertas de Alcalá, Atocha y el puente de Segovia son obras tambien del célebre Monarca, así como igualmente el famoso canal de Aragon.

A pesar de las guerras de que nos ocupamos al hablar de aquella época, la actividad del Gobierno en promover y llevar á cabo las reformas interiores que con tan feliz éxito habian comenzado desde el principio del reinado de Carlos III, no decayó un instante, aumentando, por el contrario, año por año.

En toda la monarquía la beneficencia pública iba organizándose, y ya en 1781 la Sociedad Económica Matritense propuso un premio para el mejor y más discreto modo de ejercer la caridad en el repartimiento de la limosna.

La Real cédula contra los que se dedicaban á dar espectáculos por medio de cámaras oscuras, á los que iban enseñando osos, perros u otros animales á quienes obligaban á hacer distintas habilidades, contra los buhoneros ambulantes extranjeros y contra los estudiantes que pedian limosna para continuar sus estudios ó para dirigirse en peregrinacion á cualquier punto, fué obra tambien de esta época.

Del mismo año de 1783 es la Pragmática relativa á los gitanos, por la cual se les ordenaba que abandonasen la vida errante que llevaban, su traje y su lengua, fijándose y domiciliándose en los pueblos, en el término de noventa días, so pena de que se les aplicase la ley de vagos lo mismo que á los anteriores, con lo cual tendía, como fácilmente puede comprenderse, á moralizar aquella vasta clase.

En 1781 hubo de sufrir la provincia de Guipúzcoa una epidemia que llamó la atencion del Monarca por si la infección que debían producir los cadáveres enterrados en los templos pudiera dar margen á calamidades de aquel género, y previa la consulta al Consejo, á los prelados del reino, á la Real Academia de la Historia, etc., etc., el mismo Monarca, para dar ejemplo, mandó construir en 1785, á sus expensas, un cementerio en el Real sitio de San Ildefonso, dando algun tiempo despues la orden para que se construyesen cementerios fuera de las poblaciones.

Diéronse órdenes para traer de fuera del reino artifices y constructores, máquinas, modelos y todo cuanto eficazmente pudiera contribuir al desarrollo de las artes y de la industria, medio único de facultarles la proteccion que necesitaban.

Rodeado Carlos III de hombres de tanto valer como Floridablanca, D. Melchor Gaspar de Jovellanos, Campomanes, el conde de Aranda y tantos otros que fuera prolijo enumerar, lógico era que las artes y las ciencias dieran un gran paso en las sendas del adelanto y del progreso.

En 1785, por medio de una Real cédula, se autorizaba, tanto á los nacionales como á los extranjeros, para el libre ejercicio, sin contribucion ni traba de ninguna especie, de las artes de dibujo, pintura, escultura, arquitectura y grabado.

La fábrica de máquinas establecida en la casa de la Florida, los tejidos de algodón de Avila, los cristales de la Granja, los curtidos de Sevilla y los distintos artículos de otras provincias, todo demuestra el interes con que se procuraba el fomento de los intereses materiales del país.

Al hacer el resumen general de todo lo que á la casa de Borbon le es deudora España, nos ocuparemos más extensamente de todas las reformas llevadas á cabo sucesivamente, pero entre tanto, y repitiendo lo que llevamos indicado ya, manifestaremos que muchas ó tal vez las más importantes de las que en el reinado de Carlos III se realizaron, fueron debidas al por tantos títulos célebre conde de Floridablanca.

Y sin embargo, este notable hombre de Estado, este reformador

incansable, tenía enemigos poderosos que en más de una ocasion hiciéronle encarnizada guerra; enemigos que, finalmente, se vieron poderosamente reforzados con la llegada del conde de Aranda, como indicamos ya en otra parte, el cual era adversario apasionado del ministro.

Semejante refuerzo poderosísimo por el prestigio del personaje y por sus propias condiciones, alentó á los enemigos de Floridablanca, que esperaban impacientes la ocasion de derribarle.

Un Real decreto en virtud del que se designaban las personas que en lo sucesivo habian de usar el tratamiento de *excelencia*, fué la espoleta de la bomba que bien pronto estalló contra el ministro de Estado.

El conde de Aranda dió la señal haciendo una representacion contra él, é inmediatamente los folletos y las sátiras comenzaron á llover haciéndose críticas más apasionadas que fundándose en hechos concretos contra Floridablanca, el cual no tenia ciertamente la virtud de la paciencia.

Rechazando aquella nube con los elementos de que por su posicion podia disponer, desterró á varios personajes militares, mostrándose bastante duro con otros, y aun cuando se revocó el decreto en cuestion, no por eso amainó la tempestad, sino que, por el contrario, continuó arreciando, en términos que el ministro, fatigado ya de semejante lucha, presentó al Monarca un largo memorial bajo el título de *Memorial á Carlos III*, en el cual hacía una larga relacion de los servicios prestados al Rey desde 1777, y le suplicaba que por galardón á tantos merecimientos le permitiera retirarse de los negocios públicos, buscando la paz y tranquilidad que necesitaba en su modesto retiro.

Pero el Rey no quiso acceder á semejante solicitud. Conocía y apreciaba en lo que verdaderamente valian los servicios del ministro, y, como dice un historiador, «cual si tuviese presentimiento de la proximidad de su fin, le dijo que quería dejarle como una manda á su sucesor.»

Ya hemos visto cómo Carlos IV apreció aquel legado que su padre le hacía, destituyendo y desterrando al ilustre ministro á quien tanto debía España, triunfando, finalmente, el conde de Aranda, que ocupó su puesto, aunque no fué por muy dilatado espacio.

Merced á los grandes recursos que su padre le dejara ya planteados, pudo Carlos IV proseguir, en lo que le permitieron las circunstancias, la senda que encontró trazada, por lo que no deben admirarnos tanto las reformas introducidas por Godoy, puesto que ya habia partido la iniciativa del anterior reinado.

Hecha esta digresion, necesaria hasta cierto punto para que el lector pueda comparar unas y otras medidas, continuemos ocupándonos de las consecuencias que tuvo la paz de Basilea.

Poco tiempo pudo disfrutar España de las ventajas que ésta podía proporcionarle.

Inglaterra no se mostraba amiga de España ni ésta tampoco lo era de aquélla, y cuando en virtud de los nuevos cambios verificados en Francia por la atrevida evolucion del general Bonaparte, el príncipe de la Paz estrechó más los vínculos que ya tenían con la república por efecto del tratado de San Ildefonso, celebrado el 18 de agosto de 1796, tratado encaminado más contra Inglaterra que contra ninguna otra nacion, hizose inminente una nueva guerra; y efectivamente, el 7 de octubre del mismo año publicó Carlos IV un manifiesto-declaracion de ella.

Las consecuencias no se hicieron esperar. La escuadra española, cuyo mando habia tenido que conferirse al general D. José de Córdoba, porque D. Juan de Lángara, que la mandaba, fué nombrado ministro de marina, al dirigirse hacia Cádiz, encontráse el 14 de febrero de 1797 á la altura del cabo de San Vicente con la armada inglesa, compuesta de quince navios, bajo el mando del almirante Jerwis.

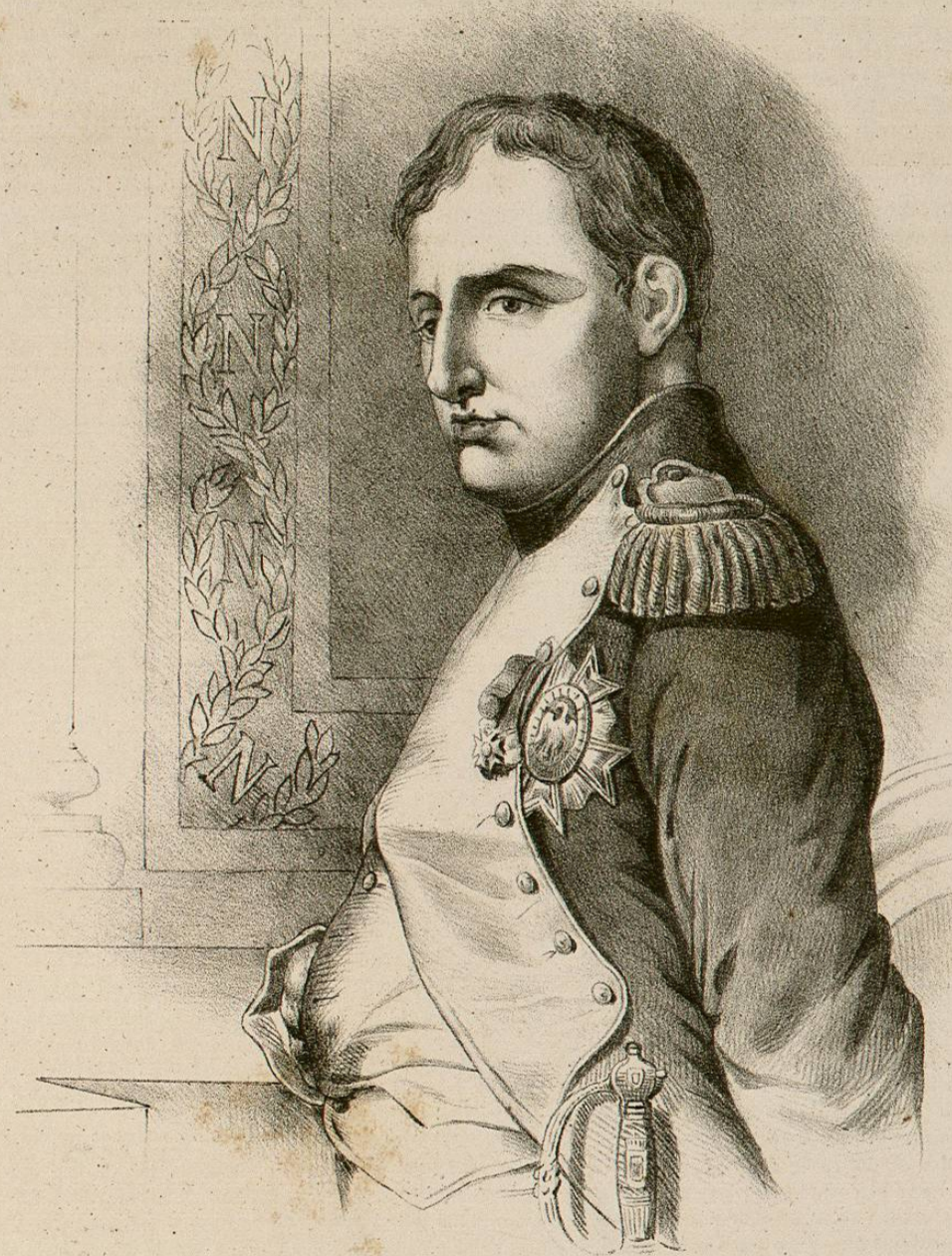
La impericia del general español y la dificultad que tuvo para cambiar el orden de marcha, en línea de batalla, y la inferioridad de nuestros artilleros, á pesar de la superioridad que en buques teníamos, dió la victoria á los contrarios.

Desde el primer momento hubo de comprenderse que los ingleses llevaban la mejor parte, pues varios de nuestros navios no pudieron acudir á la línea de batalla, resultando de aquí que seis fueron los buques que hubieron de sufrir todo el fuego de los enemigos.

Defendiéronse vivamente, pero cuatro se vieron obligados á izar el pabellón, quedando desmantelado el *Santisima Trinidad*, que montaba ciento treinta cañones y que estaba considerado como el mayor de las escuadras europeas.

A la caída del sol terminó el combate, retirándose Córdoba á Cádiz, habiéndonos costado el desdichado combate varios de nuestros mejores buques y gran número de muertos y heridos.

Sin embargo de que á los ingleses no les habia ido tan mal, no quisieron exponerse persiguiendo á Córdoba, y únicamente despues fué cuando tomaron la ofensiva presentándose varios buques, á las órdenes del comodoro Nelson, delante de Cádiz, pero el general D. José de Mazarredo, que mandaba en la plaza, dió tales disposiciones, que el enemigo hubo de retirarse bien escarmentado.



J. SERRA LIT.

LH. VIDAL, OLMO, 27

NAPOLÉON I

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CLVIII.

Mala suerte de nuestras empresas marítimas.—Napoleon Bonaparte.—Sus triunfos.—Expulsion de Pio VI.—Caida del principe de la Paz.

DESCRACIADAS habían sido generalmente todas cuantas empresas marítimas habíamos tenido contra los ingleses.

Desde el reinado anterior, á pesar de los elementos con que contábamos, siempre, ó por lo ménos con mucha frecuencia, los resultados nos fueron desfavorables.

Aun cuando sea á grandes rasgos, puesto que se trata de una ojeada retrospectiva para justificar nuestro aserto, repasemos algunas de las empresas marítimas del reinado anterior para enlazarlas con las que en éste nos trajo consigo el famoso tratado con Francia que nos produjo nuevamente la guerra con Inglaterra, reproduciéndose de este modo el célebre *Pacto de familia*.

Reunidas en 1779 las escuadras que en Brest habían organizado los franceses con las que en Cádiz y en el Ferrol había reunido España, bajo el mando respectivamente del almirante Orvilliers la primera, y del teniente general D. Luis de Córdova y D. Luis de Arce la segunda, comenzaron á recorrer las costas de Inglaterra, que precisamente en aquellos momentos no se encontraban en las mejores disposiciones para haber resistido un ataque verdaderamente serio.

Y prueba de ello, que la escuadra inglesa, compuesta de treinta y ocho navíos perfectamente equipados y bajo el mando del almirante Hardy, no tuvo otro remedio que colocarse en el paso de Calais porque precisamente las condiciones de aquel sitio le ayudaban á defenderse.

Pero por más que los españoles intentaron y propusieron el desembarque ántes que sus contrarios pudieran encontrarse completamente preparados, se desatendieron sus observaciones y sus buenos deseos, reduciéndose todo á ostentosos paseos y ridículas manifestaciones de fuerza, hasta que la llegada de los temporales de otoño obligaron á los aliados á retirarse á Brest, sin haber sacado de aquella campaña más que el pueril alarde, ante el puerto de Plymouth, y la presa del navío inglés *Ardiente* que montaba sesenta y cuatro cañones.

Como que parte del infructuoso éxito que tuvo esta expedición, ó quizás el todo, se debía á los franceses, la amistad que reinaba entre los gabinetes de Versalles y de Madrid hubo de resentirse algún tanto, aumentándose esta frialdad cuando se vió que Francia se negaba á cooperar á los proyectos que Carlos III abrigaba respecto á Gibraltar, Menorca, la Florida y Jamaica, como dijimos en otro lugar.

El día 8 de enero de 1780, ántes de que tuviera lugar la funesta empresa de las baterías flotantes contra Gibraltar, de que hablamos en su lugar respectivo, encontré al almirante Rodney á sesenta leguas del cabo de Finisterre un convoy español, compuesto de quince buques, que había salido de San Sebastian con pertrechos para la escuadra de Cádiz, y á costa de pocos esfuerzos se apoderó de él, le envió á Londres y siguió su camino sin que la escuadra que se hallaba en Brest saliera á impedirlo á pesar de lo que se había convenido.

Precisamente llegó Rodney al Estrecho en los momentos en que la escuadra de D. Juan de Lángara había tenido que retirarse á Cartagena por efecto de los furiosos huracanes del solsticio, y reparadas sus averías, vientos contrarios la obligaron á retroceder, encontrándose entre Cádiz y el cabo de Santa María sorprendida, en la noche del 16 de enero, por la escuadra enemiga.

En forma de media luna avanzaba la escuadra de Rodney, y áun cuando los españoles intentaron esquivar el combate, merced á la oscuridad de la noche, para cuyo efecto volvieron las proas en demanda del puerto, el inglés les fué siguiendo y no tuvo más remedio el almirante español que aceptar el combate en las peores condiciones.

A poco de empeñada la batalla, en medio de las tinieblas, el navío *Santo Domingo*, de sesenta y cuatro cañones, desapareció en medio de un grito general de horror producido por los raudales de llamas y de chispas que iluminaron por un momento el lugar del combate con horrible claridad.

Todos los demas buques españoles veíanse obligados á luchar contra fuerzas superiores, hasta que, finalmente, uno por uno fueron sucumbiendo, pues, lo mismo Lángara que sus oficiales, estaban ya cubiertos de heridas y no podían esperar salvacion de ninguna clase.

El navío *San Julian* fué el último que arrió su pabellon despues de una heroica resistencia y precisamente se rescató despues, merced á las circunstancias de no conocer sus vencedores aquellas costas, viéndose obligados á apelar á la experiencia del marqués de Medina que le mandaba, el cual se hizo cargo del buque nuevamente, consintiendo los enemigos en quedar prisioneros con tal de salvar sus vidas.

El objeto de Rodney quedó conseguido; la guarnicion de Gibraltar fué ampliamente socorrida y enviados refuerzos á Mahon, el almirante inglés dirigióse hacia América.

Pero á pesar de toda su vigilancia, en el mes de abril del mismo año, el jefe de escuadra español, D. José Solano, con doce navíos de línea y varios transportes consiguió burlar á su contrario, yendo á reunirse con la armada francesa.

Desde pasados tiempos parece que siempre nuestras empresas marítimas con Inglaterra habian de sernos funestas, y no era posible esperar que, en la época en que vamos hablando, hubiese cambiado de tal modo la fortuna que pudiera mostrárenos favorable tanto como adversa habiáenos mostrado hasta entónces.

Inglaterra sabía que toda su fuerza realmente estribaba en sus escuadras, y la educacion de sus marinos era muy superior á la nuestra, y como que nosotros á la sazón todo lo teníamos descuidado, lógico era que no pudiésemos competir con ella; de aquí que no se necesitara tener una gran capacidad para adivinar que nuestra suerte no podía ser muy beneficiosa en la nueva aventura en que acababa de lanzarnos el famoso tratado del príncipe de la Paz.

Y efectivamente, ya hemos visto en el capítulo anterior los desastres que tuvimos de sufrir, y áun cuando despues en el famoso ataque dado por Nelson á las Canarias, perdió éste un brazo que le llevó una bala de cañon en 26 de julio de 1797, la verdad es que también causaron grandes daños en Santa Cruz de Tenerife, hasta cuya plaza Mayor llegaron las columnas de ataque.

No fueron muy venturosas las expediciones del almirante Horwey contra la isla de la Trinidad en las regiones americanas, ni contra la de Puerto-Rico, pero siempre causaron pérdidas de consideracion en los puntos atacados, obligando á la nacion á estar con la vista fija y dispuesta á ayudar y proteger á los puntos amenazados.

Precisamente en los momentos que vamos hablando, los ejércitos republicanos, que en el Rin fueron batidos por el archiduque Carlos, en Italia, bajo la hábil direccion de Napoleon Bonaparte, el general afortunado, alcanzaban tantos triunfos, que llenaron de asombro á Europa, atrayendo todas las miradas sobre el que de tal modo había sabido organizarles y conducirles á la victoria.

Quizas ninguna de las naciones europeas pensó todavía que aquel famoso general, que en tan breve espacio había sabido imponer la paz á los reyes de Nápoles y Cerdeña, vencer á los generales austriacos, destruir la república veneciana, arrojar de Córcega á los ingleses, desmembrar los Estados Pontificios y organizar la república Cispadana, quizás, repetimos, no pensaron que andando el tiempo llegaría á derribar sus seculares tronés para colocar en ellos monarcas de su hechura.

Rota la coalicion, el Gobierno español, que tenía fija la vista en los sucesos de Italia, trató de sacar partido, y oponiéndose á la idea del Directorio, cuando se abrieron las conferencias en Udina para tratar de la paz entre Austria y Francia, quiso enviar y nombró plenipotenciarios, pero Francia negóse á ello, haciendo lo mismo despues con los de Inglaterra cuando estas conferencias pasaron á celebrarse á Lila.

Inglaterra deseaba nuevamente la paz, y España, aprovechándose de esto, mostrábase exigente, y como que por entónces el general Augereau llevaba á cabo en Paris la revolucion de 18 fructidor (4 de setiembre), Napoleon puso término á todas las conferencias y á todas las exigencias, firmando el 18 de octubre el famoso tratado de Campo-Formio, por el cual Francia adquiría á Bélgica, los departamentos del Rin, Maguncia y las islas Jónicas con la dependencia de las repúblicas Liguriana y Cisalpina, y Venecia fué cedida al Austria.

Los desastres de la guerra, la poca fortuna que en todas nuestras empresas habíamos alcanzado, la penuria del Erario, los nuevos tributos que el Gobierno se veía obligado á imponer para atender á los cuantiosos gastos que sobre él pesaban, tenian indignado al país contra el príncipe de la Paz, el cual no contaba en su favor más que el afecto de los Reyes.

Y esta indignacion subió de punto cuando se le vió contraer matrimonio con la condesa de Chinchon, hija del infante D. Luis y prima hermana, por lo tanto, del Rey, máxime cuando se susurraba en la corte que estaba casado secretamente con D.^a Josefa Tudó.

Con objeto de conjurar en parte la tormenta que le amenazaba, confió los ministerios de Hacienda y Estado á dos personas de tan gran reputacion como D. Francisco de Saavedra y D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

Entre tanto los sucesos de Italia iban tomando un carácter verdaderamente grave, y la ocupacion de Roma por los franceses, los escándalos que tuvieron lugar en la capital del mundo cristiano, y finalmente la expulsion del anciano pontifice Pio VI, que, escoltado por un escuadron de dragones, fué conducido á un convento de Siena, produjeron un gran disgusto en la corte de Madrid, escribiendo Carlos IV al Directorio á fin de obtener la libertad del Papa.

Los franceses querían enviarle á España; el Gabinete de Madrid lo rehusaba temeroso de verse envuelto en nuevos compromisos, hasta que, finalmente, accedió á recibirle en Mallorca.

Sin embargo, el Directorio, que no era muy amigo de Godoy, uniéndose á los muchos descontentos que había en España, consiguió, por último, que Carlos IV, áun cuando con gran disgusto suyo, le separase del Gobierno, confiando éste á D. Francisco Saavedra, en 28 de marzo de 1798.



PÉRDIDA DE MENORCA.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.